

EL DOCTOR CONDON

Parece que aún seguimos siendo un estado confesional, talibán, teocrático y oscurantista. Todavía la palabra pecado, de hondo significado para los creyentes de una religión merecedora de todos los respetos, condiciona y marca las pautas de comportamiento a toda la sociedad plural de un estado aconfesional como España.

Los que fuimos jóvenes en los sesenta, vivíamos en una sensación perenne de pecado en aras de una moral “pura y dura” llevada a rajatabla por venerables confesores y Santas Misiones, impidiendo cualquier permisividad que viniera del extranjero, y subrayada desde los poderes del Estado con la férrea censura de libros y películas. Una moral llevada hasta el absurdo por los guardias que te multaban por besar a tu novia en un parque, mientras en los estudios de TVE (Paseo de la Habana) colocaba chales para tapar los hombros de las señoras. Eran tiempos que para comprar un condón tenías que ir al Barrio Chino, a las casas de “gomas y lavajes”.

Hoy, gracias a Dios, hay fácil acceso al invento del Doctor Condón. Pero mientras el preservativo siga viéndose como algo pecaminoso que no debe mostrarse en público, o como una curiosidad morbosa que induce a la risa, hasta entonces, los jóvenes, seguramente por ignorancia, seguirán siendo suicidas en potencia.

Las estadísticas escalofriantes de los contagios de SIDA, los embarazos no deseados y los abortos en jóvenes menores de edad, hacen imprescindible poner a su alcance -gratis total- el profiláctico invento del médico inglés.